

JUAN RULFO Y EL QUEHACER
EDITORIAL INDIGENISTA

Félix Báez-Jorge

En 1963, Juan Rulfo llegó al Departamento de Publicaciones del Instituto Nacional Indigenista, organismo fundado y dirigido por Alfonso Caso. Para los miembros de esa institución el nombramiento de Rulfo fue un verdadero acontecimiento. Apenas ocho años atrás había recibido el premio Xavier Villaurrutia por su formidable novela *Pedro Páramo*, editada por el Fondo de Cultura Económica en 1955, que tuvo un notable impacto en la literatura iberoamericana. Creación superlativa a la que Borges consideró una obra maestra de la literatura mundial. Como sabemos, antecedió a este texto *El Llano en llamas*, cautivante reunión de cuentos que narra la trágica vida del campesinado mexicano. Del realismo mágico con el que hiló su maravillosa prosa sucinta y colmada de expresión, Rulfo transitó a otra realidad también preñada de tragedia, soledad, pobreza y opresión: el mundo de los indios.

La fundación del INI en 1959 y la instalación del primer Centro Coordinador Indigenista en San Cristóbal de las Casas en 1951 (dirigido por Gonzalo Aguirre Beltrán) acrecentaron el interés de destacados escritores y artistas por el mal llamado “problema indígena”. México vivía todavía las secuelas renovadoras de la política cardenista que, como una de sus metas principales, planteó la redención de los pueblos indígenas. Desde diversas trincheras, Alberto Beltrán, Fernando Benítez, Rosario Castellanos, Andrea Gómez, Adolfo Mexiac, Marco Antonio Montero (creador del teatro guiñol bilingüe que tuvo en Petul su personaje principal), Francisco Rojas González, Alfredo Zalce

y el mismo Juan Rulfo, entre otros, sumarían su esfuerzo a una tarea que evidenció aún más las brutales injusticias perpetradas contra los pueblos indígenas. Rulfo inicia su actividad en el INI en 1963, cuando Carlos Solórzano era el titular del Departamento de Publicaciones, si bien su interés por los pueblos indios se manifestó desde su juventud, según dejó constancia en formidables registros y notas de campo. En su cuadrante indigenista, Juan Rulfo constató que a los pueblos originarios les ha correspondido vivir la peor parte de la tragedia social de México, uncido a la hegemonía imperial que tiene en el modelo neoliberal su más reciente nudo de dependencia y explotación.

A lo largo de 24 años (hasta su muerte), don Juan (como yo prefería llamarle) laboró en el Departamento de Publicaciones del INI, encargo en el que siempre le acompañó la humildad propia de su carácter reservado y una actitud rigurosamente crítica. En una primera etapa (1963-1970) de ese poco conocido quehacer editorial, Rulfo llevó a la imprenta un reducido número de títulos. En el magro presupuesto del INI se daba prioridad a las tareas sustantivas de educación y promoción técnica en la agricultura, la salud, la organización comunitaria, etcétera. De esa época vale la pena recordar estudios sobresalientes como *Medicina y magia* de Gonzalo Aguirre Beltrán; *Arte popular de México* que escribieran Rubín de la Borbolla, Alfonso Caso y otros autores; *Los zinacantecos*, coordinado por Evon Zarman Vogt; *Relaciones interétnicas*, de Julio de la Fuente; *Medicina maya en los altos de Chiapas*, de William R. Holland; *Organización social de los mixtecos*, escrito por Robert S. Ravicz, entre otras importantes obras antropológicas. Se editaron también cartillas para alfabetizar en las lenguas mixteca, rarámuri y tzeltal.

Fue en esa etapa cuando Rulfo conoció los claroscuros del indigenismo en largas pláticas con Julio de la Fuente, notable antropólogo al que admiraba por su honestidad y espíritu crítico, según lo reiterara en múltiples ocasiones. Originalmente un destacado artista gráfico (miembro de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios), de la Fuente fue quien sustentó inicialmente la práctica y la teoría indigenista a partir de los paradigmas de la antropología aplicada de matriz funcionalista.

Etnógrafo destacado a quien el legendario Bronislaw Malinowski (figura de la antropología mundial) invitó a realizar el estudio del sistema de mercados de Oaxaca, en los inicios de la década de los cuarenta. Vale la pena recordar que la integración del indígena a la sociedad nacional era la premisa que impulsaba los planes y programas de la acción indigenista. Lejanos tiempos en los que los planteamientos del pluralismo cultural y el etnodesarrollo no aparecían todavía en el escenario de las agudas polémicas en torno a la configuración de la nación y al papel protagónico que deben cumplir en ella los pueblos indígenas.

El 30 de noviembre de 1970 murió Alfonso Caso, uno de los antropólogos más sobresalientes de México. Gonzalo Aguirre Beltrán asumió la dirección del INI, nombramiento que hizo justicia a sus largos años de trabajo entre los grupos étnicos del país y a su gestión como director del Instituto Indigenista Interamericano. En consecuencia, una renovada orientación política hacia los pueblos indios se formuló para ser presentada al presidente Luis Echeverría Álvarez en el marco de la "apertura política" que siguió a la matanza de Tlatelolco de 1968. La acción indigenista alcanzó planos insospechados, tarea que acaso puede resumirse en las siguientes cifras: mientras que en 18 años (de 1951 a 1969) se habían creado 12 centros coordinadores indigenistas, con la nueva dinámica se instalaron 47 oficinas más en el reducido lapso de cinco años (1971 a 1976). El INI crecería no solamente en sus acciones orientadas a la defensa de las tierras comunales y los ejidos, la atención de la salud, la educación bilingüe, etcétera. Desarrollaría también una notable tarea editorial orquestada por Juan Rulfo. Dado que Aguirre Beltrán ocupó simultáneamente la Subsecretaría de Cultura Popular en la Secretaría de Educación Pública y la Dirección General del INI (encargo en el que no percibía ninguna remuneración), se logró publicar una colección especializada en Antropología Social, coeditada por las dos instituciones. En cinco años salieron de la imprenta 43 títulos con tirajes de dos mil ejemplares. Es decir, más de 80 mil libros especializados circularon en los medios académicos y culturales. Con la asesoría de Lauro J. Zavala (uno de los más notables editores mexicanos)

y la guía antropológica de Alfonso Villa Rojas, Rulfo publicó estudios de jóvenes tesisistas e investigadores de talla internacional. De esa segunda etapa (1970-1976) de la tarea editorial de Rulfo en el INI es imprescindible mencionar *Vida y magia en un pueblo otomí*, escrito por Luigi Tranfo (con prólogo de Vittorio Lanternari); *Parentesco y economía en una sociedad nahua*, de Lourdes Arizpe; *Planos de interacción del mundo tzotzil*, de la pluma de George A. Collier; *La religión de los totonacas*, de Alain Ichon; *El indio en la narrativa contemporánea de México y Guatemala*, cuyo autor es Lancelot Cowie. Para mi fortuna, fui uno de los tesisistas beneficiados por esa nueva dimensión editorial al publicar *Los zoque-popolucas: estructura social*, en 1973, año en el que conocí a don Juan sin imaginar que muy poco tiempo después trabajaríamos juntos. La emoción de aquel primer encuentro fue enorme. En la oficina del notabilísimo antropólogo Alfonso Villa Rojas estreché la mano de un hombre sencillo y de fino humor, el mismo que había recibido en 1970 el Premio Nacional de Letras.

En 1977 el Director General del INI, Ignacio Ovalle Fernández, me designó jefe del Departamento de Antropología Social. Cuatro años antes había ingresado a la institución invitado por Gonzalo Aguirre Beltrán para dirigir el centro coordinador de la región zoque, en la porción norte de Chiapas. En la estructura jerárquica institucional el Departamento de Publicaciones dependía del área antropológica a mi cargo; fue así como de la noche a la mañana me hallé trabajando con Juan Rulfo (admirado autor de mis años juveniles). De tal manera, transitamos juntos un buen trecho de la que sería la tercera etapa de su quehacer editorial indigenista (1976-1982).

Cuando Elio Masferrer me invitó a participar en este evento memorable, múltiples recuerdos de mi trato con don Juan se apilaron en mi mente. Pronto advertí que el variado anecdotario podía convertir mi exposición en un sabroso parloteo que dejara en segundo sitio la importancia de la tarea editorial de Rulfo en el controvertido campo indigenista. Opté, como se habrá notado en las páginas anteriores, por significar su actividad institucional sin dejar de mencionar aspectos claves de la convivencia laboral.